

## ***La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno***

Georg Iggers

Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica, 2012. 277 p.

Sin duda la historiografía es parte esencial del trabajo histórico, dado que presenta siguiendo un protocolo científico las bases de la reflexión de la historia y sus resultados. El libro in comento permite una mayor reflexión sobre ella. Surge de la traducción de una obra anterior de Iggers publicada en alemán en 1993, con una traducción al español en 1995, además de una edición casi completamente nueva en 1997, la que pasó a ser la base de las nuevas traducciones. Luego hace una revisión de la edición alemana en el 2007 y de la inglesa en el 2005, siendo esta última la base de este texto. Aun así esta edición incorpora material nuevo, siendo la versión más actualizada del libro lo que lo hace más interesante, sin embargo, no es sólo una actualización sino “más bien es un ensayo que se ocupa principalmente de algunos cambios importantes en la manera en que los historiadores piensan y practican su disciplina en la actualidad.” (p. 19).



El texto comienza con la presentación del profesor Iván Jacksic, quien además es su traductor. Desarrolla una biografía del autor, mostrando los contextos en los cuales Iggers ha escrito.

Presenta el autor una reflexión y revisión de la historiografía del siglo XX, sobre todo, con un cuestionamiento posmoderno hacia la historia. Por lo tanto, el tema central es si la objetividad dentro de la historiografía es posible. Realiza, para esto, una revisión del desarrollo general de la historiografía desde su concepción como una práctica profesional y una ciencia en el siglo XIX hasta los desafíos del último tercio del siglo XX. Esto dado que es imposible entender estas críticas sin antes entender y comprender el desarrollo de la historiografía desde los finales del siglo XIX hacia adelante.

El libro se articula en tres ejes o fases fundamentales, cada uno de los cuales representa un paradigma historiográfico que supuso una reacción al anterior. Estos son:

- El surgimiento de la historia como disciplina profesional.
- EL desafío de las ciencias sociales.
- La historia y el desafío del posmodernismo.

El último eje es donde se concretan los esfuerzos de Iggers y, a nuestro entender, es el más importante. Con una precisión y exactitud admirables, presenta de manera concreta y clara los temas planteados, lo que facilita la comprensión de las diferentes tendencias historiográficas del siglo XX. En todo momento vincula con los contextos históricos de cada desarrollo historiográfico puesto que la historia se basa en la interpretaciones de los hechos, la que refleja tanto la subjetividad del historiador como el contexto político e intelectual en el que él ha escrito (Iggers, 2012).

La primera parte del libro se inicia con el capítulo “el historicismo clásico como modelo de investigación histórica”. Muestra allí el surgimiento de la historia como una disciplina profesional en Alemania y su expansión como un modelo de investigación hacia otras partes de Occidente. Se destaca la figura de Ranke, señalando los objetivos de su quehacer como historiador, vale decir, objetividad científica y la historia como una fuente de la cultura. Su concepto de historia descansa en el método crítico, donde se debía omitir los juicios de valor y limitarse a “mostrar cómo ocurrieron las cosas en realidad”, pero rechaza todo el establecimiento de los hechos como la tarea primordial del historiador, pues para Ranke la historia revela un mundo de significados y valores, lo cual deja de lado el estereotipo que se ha generado de él. Con esto la historia reemplaza a la filosofía como la ciencia que proporciona un significado de la vida y las temáticas se reemplazan por la política.

Para Iggers el historicismo es más que una teoría, dado que tenía una filosofía completa de la vida, combinando un concepto de ciencia y de orden social y político.

El segundo capítulo, “La crisis del historicismo clásico”, nos muestra una reacción a algunos de los supuestos anteriores, centrando la convicción de abrir las temáticas hacia la sociedad, economía y la cultura, pero sin objetar dos supuestos básicos de ésta: que debía ser una disciplina profesional y que debía ser una ciencia. Dentro de estas críticas, en Alemania la obra de Lamprecht cuestionaba el papel central del Estado y la concentración en personas y eventos. En Francia, las críticas están lideradas por la sociología, especialmente por Durkheim, quien negó a la historia la condición de ciencia por trabajar lo particular, dándole un valor en cuanto disciplina auxiliar de la sociología. En E.E.U.U, los historiadores que se definían como “nuevos y progresistas” se abocaban en hacer una historia para lo sociedad democrática. Pero compartían las características de ser profesionales alojados en instituciones académicas, además de ser fieles al método crítico de las fuentes.

El tercer capítulo, “La historia económica y social en Alemania y los inicios de la sociología histórica”, comienza con la Escuela Histórica de Economía Nacional, quienes son los primeros en abordar históricamente los problemas creados por la industrialización. Mantenía estrechos vínculos con el historicismo clásico pero tenía falencias a la hora de la reflexión teórica y metodológica. Por esto, varios filósofos neokantianos (Dilthey, Wilhelm, Windelband y Ricket) aportaron una metodología más clara para las ciencias humanas. Finalizando con el análisis de la obra de Max Weber.

En el capítulo “Las tradiciones estadounidenses de historia social”, se señala que la presencia del Estado en Estados Unidos e Inglaterra era menor, lo que se refleja en una menor inclinación hacia la búsqueda de respuestas totalizadoras. Por esto los “nuevos historiadores” se interesan en las ciencias que se ocupen de la sociedad moderna—economía, sociología y psicología—. Termina con una discusión de la historiografía cuantitativa.

La segunda parte del texto, “La fase intermedia: el desafío de la ciencias sociales”. Se señala que “Fue en contra de la estrechez del paradigma rankeano que surgió otro enfoque sobre la investigación histórica (...) que podríamos llamar el paradigma científico-social” (Iggers, 2012: 3), por lo que se pasa, por una parte, desde el Estado y los líderes hacia las estructuras sociales y los procesos de cambio y, por otra, el giro desde la narrativa al análisis social. Este comienza con el capítulo 5, titulado “Francia: la escuela de los Annales”, donde se desarrollan las líneas generales de la historiografía consagrada bajo el alero de la revista con el mismo nombre creada por Bloch y Febvre en 1929. El autor sostiene que hay un cambio fundamental, en cuanto la concepción del tiempo dado que enfatiza “la relatividad y multiplicidad de niveles que hay en el tiempo” (p. 87). Se caracteriza por una apertura hacia nuevos métodos y enfoques, con una cercanía hacia otras ciencias sociales. Su objetivo es ser un foro para las nuevas tendencias, sin representar una doctrina dogmáticamente definida por lo que no formula una teoría o filosofía explícita.

El siguiente capítulo, “Teoría crítica e historia social: la ciencia social histórica en la República Federal de Alemania”, nos relata los cambios en la historiografía alemana desde la década de los sesenta. Iggers vincula el contexto, dado que nos señala que es imposible entender el desarrollo de la historia en los sesenta sin tener en cuenta el legado intelectual del pensamiento alemán y el curso catastrófico de la política durante la primera mitad del siglo XX. El surgimiento del interés por las ciencias sociales se vincula con el hecho de revisar críticamente el pasado nazi y el compromiso por instaurar una democracia. Por lo tanto, se pone a la política en el centro de su discusión. A finales de los sesenta y en los setenta se vinculan los estudios con la “teoría crítica” de la Escuela de Frankfurt, vinculada con Marx pero libre de sus aspectos especulativos y autoritarios. Luego la historia social pasar a centrarse en la cultura.

El capítulo 7 se titula “La ciencia histórica marxista. Desde el materialismo histórico a la antropología crítica”. Sostiene que las teorías marxistas han perdido su credibilidad y prestigio con posterioridad a la caída de la URSS, pero que no se debe subestimar su aporte. Iggers nos dice que la teoría marxista relativa a la historia plantea varias preguntas interesantes, cuestionando el modelo tradicional, poniendo énfasis en el contexto y el cambio social. Nos dice que la obra de E. P. Thompson es de las más importantes dentro de este enfoque, señalando las aportaciones y rechazos de éste hacia la teoría marxista (p. 143-144). Luego, realiza un recorrido de la revista *History Workshop*, señalando los cambios que esta ha tenido, desde el enfoque de historiadores socialistas, el papel de la mujer, hasta el énfasis en el lenguaje en los ochenta.

Para finalizar<sup>1</sup>, realiza una descripción de tres tendencias marxistas desarrolladas desde los noventa. La primera, representada por Perry Anderson, asume la derrota del paradigma marxista y señala que el capitalismo no tiene un rival, pero que se debe mantener la postura crítica. Una segunda, está interpretada por quienes quieren rescatar a Marx de las formas ortodoxas, reconociendo que sus escritos son fragmentarios y existen inconsistencias. La última tendencia está representada por la antología *Über Marx hinaus* (Más allá de Marx) de Marcel van der Linden y Karl Heinz Roth. Para estos autores la teoría marxista había fracasado, por lo que se debía ir más allá de Marx, pero sin abandonar las perspectivas críticas sobre el capitalismo.

La última parte del libro se consagra al desarrollo y análisis de las críticas a las concepciones de la historia científico-social descrito en el segundo eje. Comienza con “Lawrence Stone y el renacer de la narrativa”, artículo publicado en *Past and Present*, donde se planteaba que en los setentas se cambió la forma como se percibía y redactaba la historia, poniendo énfasis en la cultura y en los seres humanos, lo que condujo al retorno de las formas narrativas. En este contexto se ponen en entredicho las ideas de progreso y de la civilización occidental, que por lo demás, es una de las características de la nueva historia cultural. A pesar de esto, de ninguna forma lo expuesto por Stone señalaba que la historia renunciaba a la indagación racional y a reconstruir un pasado real.

El capítulo 9 se titula “Desde la macro a la microhistoria. La historia de la vida cotidiana”. Analiza el paso desde una historia macro, donde se tenía una confianza en la civilización, los beneficios sociales y el progreso tecnológico a una micro más apegada en los temas cotidianos de la vida. Se traslada la temática a los márgenes del poder, es decir, a las masas. Luego, Iggers somete

---

1 Esta parte se agrega a comienzos de la segunda década del siglo XXI, por lo tanto, nos muestra una perspectiva actualizada de las tendencias en la historiografía marxista desde los noventa.

a revisión el concepto de Geertz sobre “descripción densa” y la antropología cultural. Termina el capítulo con un análisis y posterior discusión sobre la microhistoria italiana, señalando los aspectos fundamentales de las obras de Ginzburg y Levi, su cobijo institucional en la revista *Quaderni Storici*.

El capítulo 10 se denomina “El “giro Lingüístico”: ¿El fin de la historia como disciplina académica?”. Pretende “(...) preguntar sobre la forma y la medida en que las teorías posmodernas sobre la historia y el lenguaje han servido de base para los escritos históricos”. Señala que la posmodernidad niega que la historia podría acceder a un pasado histórico real. Para llevar a cabo esta tarea, Iggers, de manera concreta y clara, analiza a los principales teóricos de la posmodernidad (White, Barthes, Derrida, entre otros), destacando sus puntos relevantes.

Iggers nos muestra su posición al respecto de las críticas de la posmodernidad afirmando que los cuestionamientos son válidos a la historia, sin embargo, son mejor aplicables a la crítica literaria que a ésta, puesto que, si ésta utiliza formas narrativas, todavía busca retratar un pasado real en un caso mayor que lo es la literatura de ficción. Termina afirmando que el “giro lingüístico” en la historia ha sido parte de un esfuerzo por romper el determinismo inherentes de los enfoques socioeconómicos y enfatizar el papel de la cultura, en el que, obviamente, el lenguaje es clave.

El último capítulo, “Desde la perspectiva del siglo XX”, describe y analiza el contexto mundial luego de la caída de la URSS, como los sucesos de violencia en el mundo árabe y en el África Negra, lo que provoca el surgimiento de nuevas preguntas que hacían difícil mantener el mismo curso anterior de la historiografía. Todo esto no llama al abandono de las prácticas políticas, sociales y culturales, sino, por el contrario, a la ampliación de la perspectiva y los métodos de indagación. Ejemplo de esto es el cambio de nombre del subtítulo los *Annales* por *Economies, Sociétés, Civilisations*, no tratando de excluir a la sociedad y la cultura, sino insertándolas en contextos políticos donde se desarrollan. Para finalizar, señala que todo esto no apunta a un nuevo paradigma sino a un pluralismo mayor.

El libro en comento finaliza con las “consideraciones finales”, en las cuales se puede visualizar la posición de Iggers respecto del desafío posmoderno. Para esto articula tres preguntas. La primera: ¿el fin de la historia? a la cual contesta que ya no es posible encontrar grandes relatos, sin embargo, no por esto la historia ha perdido significado, señalando que todavía es un medio importante del conocimiento humano e incluso ha permitido una mayor sofisticación y pluralismo. La segunda pregunta se refiere al fin de la historia como campo de investigación señalando que se ha diversificado y sofisticado, como también se han ampliado los temas y preguntas. La última pregunta hace referencia al fin de la Ilustración, la cual, para nuestro autor,

ha sido distorsionada por diferentes autores. Afirma que debe conducir a un examen crítico pero no a su abandono, dado que, para Iggers, "(...) La alternativa a la Ilustración es la barbarie" (p. 238).

Nos parece una obra imprescindible para todo estudiante que se esté introduciendo en los estudios de la historiografía por tres razones. La primera dice relación con que es imposible entender la historia sin ella.

La segunda, que nos demuestra que la historia de la historiografía no se desarrolla fuera de los contextos políticos e intelectuales en el que el historiador escribe, por lo tanto, existe una relación entre texto y contexto que explica este desarrollo.

La tercera, dado que realiza una reafirmación del valor de la historia dentro de la sociedad. Por ello nos señala que la historia no es un conjunto arbitrario de afirmaciones ni que sus interpretaciones son actos poéticos sino que descansan en la evidencia y que el historiador se guía por una lógica de investigación, lo que le permite llegar a un pasado real, por lo tanto, el resultado de las investigaciones no es pura imaginación.

Rafael Arriaza Peña<sup>2</sup>

---

2 Estudiante de Pedagogía en Historia y Geografía, Universidad Católica Silva Henríquez (Chile). Email. rarriazap@gmail.com